

Seguramente nunca fueron miembros de cuerpo alguno titular y privilegiado los Homero, Virgilio, Dante, Shakspeare, Milton, Camoëns, Cervantes; pues semejantes colosos irradian la gloria y no la reciben, y si bien se considera, se puede afirmar que fueron tanto mas originales cuanto mas aislados se encontraron y menos sugetos á la doble rutina de las corporaciones y de su tiempo. En la soledad puede únicamente florecer y fructificar el genio, que en el tumulto general deperece ó abdica. Su independencia forma parte de su superioridad, de modo que no puede perder una sin disminuir la otra. Así no fué el genio el que instituyó la Academia francesa, sino Richelieu, esto es, una de las mas impotentes medianías literarias que han visto los siglos asociada á un carácter tiránico y á una suerte venturosa; Richelieu, ministro con pretensiones de poeta y autor de pastorelas almibaradas, Maquiavelo deseoso de iluminar con un reflejo de amena literatura su púrpura teñida de sangre.

No hay que perder de vista que discurrimos sobre las letras y no sobre las ciencias, pues al tratar de éstas, las academias son útiles para agrupar los hechos y popularizar los descubrimientos.

IX

Pero si consideramos por otro lado la institución literaria de la Academia francesa, esto es, bajo el

punto de vista de la autoridad moral, independencia y dignidad del pensamiento en Francia, al momento cambia de vista la institución y la corporación selecta se vuelve acreedora á la mas seria consideración de parte del espíritu público.

En efecto es necesario reconocer que esta institución meramente disciplinaria en el ánimo de su fundador, supo tomar otro rumbo andando el tiempo; y, en vez de un gremio servil como pretendía establecer el cardenal de Richelieu, la fuerza de las cosas no pudo menos de cimentar una asociación de fuerza colectiva é independiente. Así sucede todas las veces que se forma una institución, la cual en vez de un instrumento se vuelve obstáculo en manos del fundador ó de sus sucesores, que ven atónitos brotar la libertad de una junta organizada al parecer para la servidumbre. Tal debía suceder, y tal sucedió en efecto con la Academia francesa. Al concentrar en un solo foco las individualidades literarias esparcidas y separadas en la nación, se les dió al mismo tiempo idea de su fuerza, dignidad, y ascendiente en la opinión y aun en el poder político. El pensamiento aislado llegó á ser una potencia por su colectividad misma; los socios componentes cobraron confianza en sí mismos é impusieron consideración á la nación y respeto á los gobiernos, comunicando una audacia moral y eficaz á la república literaria, llegando á ser concilio secular y permanente de la literatura nacional, en una palabra imprimiendo un carácter al genio fran-

cés. Al mismo tiempo el académico llegó á ser hombre público, la fuerza de todos residió en cada miembro, la literatura se constituyó radicalmente y revistió el carácter de institucion nacional, y la Francia, mediante sus academias y altas escuelas, adquirió cierta semejanza con esa institucion democrática y liberal de la China, en que los mismos grados literarios elevan á la capacidad y autoridad pública á los aspirantes de los empleos civiles. Por otra parte los fundadores, al establecer la base de esta corporacion selecta de literarios ingenios, dieron á la Francia un gran sentimiento de su valor en las letras, y á la Europa un gran respeto de las ideas francesas. Cualquiera que sea el mérito intrínseco de las academias, no se puede negar que la francesa cooperó eficazmente á la consideracion exterior y auge literario de nuestra nacion en el orbe, contribuyendo eficazmente á realzar esa popularidad proverbial de que goza la Francia en Europa.

X

Así esta corporacion literaria ha llegado á ser, á pesar de los epigramas que se quiebran continuamente contra sus puertas, una costumbre que es imposible desarraigar ó desacreditar en nuestro país. Yo mismo, en una circunstancia suprema, cuando todas las fundaciones monárquicas eran

sondeadas y escudriñadas para ser reemplazadas por establecimientos análogos republicanos, cuando millares de voces rasgaban furibundas el viento clamando la abolicion de esta aristocracia electiva de las letras, la defendí con estas palabras : « No se « trata de una constitucion, sino de una costumbre « francesa ; respetemos los hábitos de un pueblo « cuando son morales, literarios y gloriosos para « la nacion. La mas democrática de todas las instituciones bajo la monarquía, es la Academia, « que merece ser denominada la república de las « letras. »

Y no puedo menos de confesarlo : si no hubiese sido tan corto el tiempo de mi autoridad bajo la república, hubiera querido abrir de par en par las puertas de la Academia francesa para introducir, en mayor proporcion, dignos y selectos veteranos de las letras, ciencias y artes en esa jubilacion del trabajo intelectual, de todos el peor remunerado. Mi deseo era que la Francia instituyese espontáneamente el presupuesto de las letras; que al escritor, al escultor, al sabio, al artista, en una palabra á toda persona descollante en un ramo intelectual cualquiera, no cupiese por todo salario, despues de una vida de abnegacion, un miserable subsidio de 1,200 francos distribuidos parcimoniosamente á cuarenta privilegiados de la estremada pobreza, á la puerta de una academia abierta de cuando en cuando por el fallecimiento esperado ó inopinado de uno de sus miembros. El abandono en el cual

dejamos á los que cultivan el campo de la inteligencia y envuelven con una corona gloriosa las sienes de su patria, es un oprobio tanto para la nacion como para las letras.

Pero prosigamos esta mirada rápida sobre la formacion de la lengua y la literatura en Francia.

XI

No impunemente esparcieron en Europa Voltaire, Rousseau, Buffon, como igualmente los discípulos eminentes de sus escuelas y estilos, el conocimiento, gusto y aun la pasion de nuestra lengua y literatura, pues en los monumentos literarios escritos en nuestro idioma por tan meritorios ingenios, yacia la idea francesa, esto es, la idea moderna.

Ambiciosa en demasía y con asomos de fátua, ha aparecido á mas de un crítico esta palabra, sobretudo despues de haber sido tan extrañamente interpretada en favor de tantos sistemas tan frágiles como descabellados que usurparon tal dominacion. En efecto, la idea tomada en su grande acepcion, no es francesa, ni inglesa, ni nacional, ni local, pues por do quier el mundo piensa y produce y cada nacion civilizada contribuye con su contingente al incremento de la civilizacion. ¿Y sin embargo porqué se dice la idea moderna? Porque remonta á la época del renacimiento que cerró el largo período de la

edad media, y cuyo apogeo culminante fué el siglo de Luis XIV. ¿Y porqué se dice idea francesa? Porque la Francia, en virtud de su actividad impaciente y ardor natural, fué la primera que intentó propagarla en sus libros é instituciones.

Ahora bien ¿qué viene á ser la idea moderna, la idea francesa? La razon humana fomentada, engrandecida, acrisolada por el tiempo, por el estudio, por el exámen, por la lectura, por la ciencia, por la historia, por la perfeccion, por la libertad de pensar; la razon discutida sustituyéndose en todas las cosas á la idea impuesta, y buscando por sancion única la evidencia, en vez de la autoridad.

Fácilmente se comprende cuanta eficacia debia acarrear en la filosofia, civilizacion é instituciones del globo, una revolucion tan integral en los ánimos.

Este despertamiento de la razon, esta idea moderna que se engrie con el nombre de francesa, no es obra de Descartes, ni de Malebranche, ni de filósofo francés cualquiera, sino del inglés Bacon, verdadero Arquímedes de la ciencia moderna, quien, apoyando la palanca de su dialéctica en la evidencia palpable, consiguió remover el mundo como se jactaba de hacerlo el matemático de Siracusa, si hubiese encontrado en la mecánica el punto de apoyo que Bacon mas feliz, encontró en la razon humana.

La Enciclopedia, catecismo universal de conocimientos humanos y libro progresivo por excelencia, fué una idea tan bella como grande, destinada por la

literatura francesa y la Academia para renovar la faz del mundo intelectual, rectificando muchas nociones falsas en numerosas materias, y universalizando los conocimientos adquiridos hasta aquel entónces. Desgraciadamente faltaron operarios dignos de tan gigantesca construccion á la que apenas hubieran bastado los Bacon, Descartes, Fénelon, Malebranche, Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Franklin, en una palabra todos los mas sobresalientes varones en los diferentes ramos de conocimientos humanos. Pero, como un siglo y con mayor razon una nacion aislada, no produce ni puede producir tal conjunto de superioridades, no tardó en inficionarlo todo el espíritu de secta: Diderot, Helvetius y sus amigos infectaron de ateismo el monumento que como un templo debía elevarse á la soberana inteligencia. Así no es de extrañar que avortase la produccion colosal; pero á pesar de este aborto, contribuyó por su popularidad en Europa á esparcir, juntamente con la literatura francesa, la aspiracion á las doctrinas é instituciones de la razón y la libertad, condiciones primeras é indispensables que deben presidir á la busca de la verdad en este mundo.

XII

Así la filosofía, resumen de las literaturas y jugo de las lenguas, diseminaba nuestro idioma en todo

el orbe culto. La lengua francesa era efectivamente hablada y aceptada por do quier como depósito de las ideas y medio conducente de la inteligencia, al paso que llegaba á ser el órgano de la diplomacia, efecto de su armazon metódica y esa claridad exquisita é imponderable, que se niega á admitir la anfibología y el equívoco. Así la Europa redactaba sus tratados en francés, como en otro tiempo en latin, y el idioma inmortalizado por nuestros egregios escritores, era á la vez una moneda corriente y una medalla monumental que tenia, mediante un consentimiento universal, curso en todo el universo. Basta leer la correspondencia de Catalina II de Rusia con Voltaire, Diderot y d'Alembert, para convencerse de que la literatura francesa habia llegado á ser el vehículo de las ideas generales. Al ver el vasto imperio de Moscovia abandonar su tradicion literaria tanto esclavona como griega, y prescindir de su lengua rusa mas rica y armoniosa para adoptar la nuestra, fácilmente se colige que la mano de la Francia empuña el cetro de la inteligencia. ¿Quién podrá dudar de esta asercion al ver á ese Dionisio heróico y pedantesco de la Prusia llamado Federico, despreciador de su lengua patria que solo reserva para hablar en los cuarteles con la soldadesca, mientras escribe, alterna, rima, discurre, corresponde en nuestro idioma con el Aristóteles francés?

XIII

Pero un acontecimiento mayor que cuantos hasta la sazón habían contribuido á aerisolar y difundir nuestro idioma, debía determinar en la literatura francesa una explosión súbita y ruidosa destinada á resonar en todo el orbe; explosión análoga á la de la lengua griega cuando esparció los primeros rumores del cristianismo, desde Constantinopla hasta las costas de Asia y Africa. Este acontecimiento fué nada menos que la revolución francesa, inaugurada por la literatura, continuada por la filosofía, y cuyo fragoroso estampido retumba aun en nuestros días; la revolución francesa, la mayor crisis histórica que recuerdan los anales humanos, cuyo efecto debía ser el desmoronamiento de una sociedad añeja, la pulverización completa de costumbres apolilladas, el arraigo de instituciones nuevas destinadas á cambiar la faz de la humanidad, y la universal difusión del nombre glorioso de la Francia.

No sabemos porque, ó, por mejor decir, harto nos consta la causa que impele á varios críticos á deprimir y reducir á proporciones mezquinas las causas de tan memorable época; injusticia á la vez y calumnia histórica que arguye no poco despecho en ciertas personas, cuyo anhelo infructuoso en apocar las proporciones y negar los resultados de la revolución, atestigua la grandeza de crisis tan renova-

dora. Seguramente podemos lisongearnos, por mas que ande por ahí quien lo contrario sostenga, que nadie ha confundido menos que nosotros el error y la verdad durante el periodo revolucionario; nadie supo mejor diferenciar el exceso y la medida, la justicia y la iniquidad, la abnegación heroica y el terrorismo sangriento; nadie acertó como nosotros á desenterrar del cieno y de la sangre tantas teorías generosas; nadie se mostró mas equitativo para con las víctimas y para con los verdugos; pero al mismo tiempo nadie se disimuló menos la energía de la impulsión y la grandeza del fin que abrigaba en su seno la idea francesa (ya que así se ha convenido llamarla), y los sentimientos generosos que hacían latir los corazones al inaugurar esta santa tentativa de renovación intelectual, moral y política.

Un escritor grave, cuya penetración y poder de análisis en las autopsias de las naciones hemos tenido ocasión de señalar á menudo, M. de Tocqueville, ha incurrido recientemente en ese error de perspectiva en su obra sobre el antiguo régimen y la revolución; y muy engañado anda en nuestro concepto al pretender que á la revolución francesa no presidió una idea de transformación moral, ciñéndose tan solo su intento, en la opinión del egregio publicista, á una mera reforma de abusos, si bien arrastrada mas allá de su límite por una fuerza de impulsión procedente de la irrupción y choque de las pasiones desencadenadas.

Con la mayor dificultad podemos comprender como una inteligencia dotada de tanta sensatez y exactitud haya podido desconocer el carácter, causas y ámbito histórico del mayor acontecimiento que recordarán á la posteridad las crónicas modernas.

No, la revolucion francesa no fué un accidente, y un aserto contrario redundaria en mengua y baldon de nuestra patria, pues reduciria á efecto del acaso ó á consecuencia de inopinados contratiempos, una série de acontecimientos imponentes engendrados por la plenitud de las ideas, el entusiasmo de la conviccion y la firmeza de la voluntad. No, la causa de esa gran refraccion de la época moderna no hay que buscarla en un capricho azaroso, sino en un conjunto de pensamientos sólidamente encañados, en una inspiracion rápida y universal como todos los movimientos intelectuales de la Francia, cuya mano se halla tan cerca de la cabeza; inspiracion cuyo gérmen reside en nuestra literatura pasada, pues nuestra nacion es tan intelectual que, mas que sus ministros, la gobiernan sus escritores. Sus reyes dan sus nombres y efigies á las monedas, pero á sus publicistas toca comunicar su inteligencia á los reinados. Hay en Francia, á pesar de su tradicion monárquica, una república permanente, que es la república de las ideas; y el gobierno de las letras es, sino de derecho, el gobierno de hecho que la rige. Por este motivo nunca hay que desesperar de la libertad, pues como á menudo se ha dicho, las mismas bayonetas son inteligentes y

una impulsion misteriosa las obliga á obedecer á la cabeza de preferencia á la mano.

XIV

Temamos descariarnos al buscar mas allá de un siglo las causas que motivaron la revolucion francesa. Unos las ven en la reforma protestante, otros en la destruccion del sistema feudal por Richelieu; éstos en los parlamentos, aquellos en el advenimiento de la clase media.

En nuestro concepto la reforma protestante no pasó de un gran movimiento intestino de la edad media contra sí misma, movimiento que cobijaba una insurreccion, pero no la luz y la libertad.

El espíritu de los parlamentos se ciñó al egoismo colectivo de un cuerpo deseoso de monopolizar la independencia á espensas de la nacion.

La extincion de la gran feudalidad por los reyes, se redujo á una concentracion ambiciosa y sangrienta de la monarquía contra vasallos cuya prepotencia excesiva alarmaba la corona.

La clase media fué un acrecentamiento natural que dió una cabeza á los pueblos cuando se hubo formado el cuerpo. Este gremio atesoraba el trabajo, la riqueza, el comercio, la industria, en una palabra las cosas materiales; mas no poseia aun la inteligencia.

Ahora bien, la revolucion era un pensamiento,